

ra por inmolarse un juez de paz, hechura é imagen de la contrastada República. En tales poblaciones los comentarios religiosos á la cautividad del Rey se confundían á una con los comentarios religiosos á la pasión de Cristo. La entrada del Rey en los Estados Generales, se confundía con la entrada de Cristo bajo ramos y aclamaciones en Jerusalén; la noche de Junio, tan vejatoria para los monarcas, con la noche del huerto; los procedimientos de la Gironda y de los jacobinos con los procedimientos de Judas en sus besos y de Pedro en sus reniegos; el paso al Temple con la calle de amargura; el llamamiento á la Convención republicana con el Pretorio; la causa terrible y la sentencia capital con el Calvario; Roland, Robespierre, Brissot, los jefes de la revolución aquella, con Pilatos y con Caifás. ¿Porqué promover y sustentar estos inocentes paralelos? En la Nochebuena del noventa y dos, los peregrinos henchían la iglesia de San Esteban del Monte. ¿Por qué hacerlos anti-revolucionarios? Aunque la revolución se viera combatida por tal enemistad, había que comprender como tal enemistad era de aquellas que se burlan con destreza y no se combaten de frente. Marat mismo, en aquellas noches, yendo á revisar los repartidores de sus diarios y hojas, tropezó con la propietaria de su casa, rica y vieja mujer, la cual, no profesando mucho la religión dinástica de los monárquicos y profesando mucho la religión católica de los devotos, volvía de la iglesia. «Te conozco, dijo Marat á su anciana casera, te conozco, vienes de comulgar, es decir, de comerte á tu Dios. Ea, ea, ya te guillotinaremos.» Y bajo estas amenazas la devoción crecía, y con la devoción crecían los devotos. ¿Por qué dar á tales devociones un fundamento político incontestable, al cerrar las iglesias y al perseguir los devotos? No había que poner contra la República los afectos más profundos del corazón humano: la caridad y la fé.

Bajo tal neurosis colectiva proseguía, del quince al veinte de Enero, año noventa y tres, la causa de Luis XVI. Ningún suceso histórico, tan traído y llevado, como este suceso. Hoy apasiona los ánimos y enciende los espíritus, cual si aun corrieran los días de su terrible perpetración. Los demócratas y progresistas y liberales tenemos que defendernos del proceso de Luis XVI, como si perteneciéramos á la Convención y votáramos la muerte. Inútilmente protestamos contra semejante acto, por creerlo más que un error moral, una grave falta política. Nuestros enemigos responden á estas sincrisimas protestas diciéndonos, que seguimos los procedimientos de Pilatos y ponemos los dedos en agua, lavándonos de una sentencia dictada por nosotros. Así, bajo tal presión espiritual, peor cien veces en lo político, que las presiones atmosféricas en lo material, la causa y sentencia del Rey se discuten más que se historian, por los respectivos escritores, pertenecientes á las sondas escuelas, en que los pueblos modernos se dividen y bajo cuyos programas y cuyos ideales batallan por el bien común, según cada una lo entiende y aplica. Gironda y Montaña contribuyeron por igual á este caso terrible; la una con sus impulsos desordenados, la otra con sus torpes resistencias. Y erraron ambas. El error aparece hoy tan pa-

tente como el heroísmo. Ninguno de aquellos convencionales debía ignorar la suerte depurada por el tiempo y por el destino á los innovadores, empeñados en lanzar las sociedades humanas allende lo que las creencias sociales profesan y allende lo que las costumbres sociales permiten. Condenando al Rey montañeses y girondinos, se condenaban ellos mismos á muerte sin remedio en más breve ó más largo período. Los partidos y elementos reaccionarios no distinguen, cuando de la revolución se trata, los moderados de los radicales; todos á una les parecen por igual abominables. Y aun hay más, en sus fanatismos y supersticiones incontestables, prefieren los radicales á los conservadores. Leed hoy mismo las historias realistas, potros donde se descoyuntan y deshacen la memoria y el nombre de los innovadores: guardan ellas más odios y más cóleras contra los girondinos que contra los montañeses; creyendo á éstos ebrios de pasión y de ideal, mientras creen traidores á los otros, capaces de conocer la justicia y no cumplirla por cobardía íntima; por miedo irremisible á la muerte. Inútilmente cada girondino se ha levantado en lo concerniente á heroicidad y valor hasta las alturas mayores ungidas por la historia. Sus enemigos póstumos se han empeñado en llamarles cobardes, y por cobardes pasan aquellos héroes y mártires en el concepto y juicio de su posteridad. Para bien apreciar la causa y sentencia de Luis XVI hay que subir hasta los tiempos de su realización ó cumplimiento, y hay que respirar por todos los poros del cuerpo y por todas las potencias del alma, el aire atmosférico, en aquella sazón reinante. La creencia de que Luis XVI y su familia traicionaran la patria se dilató y arraigó en términos de no haber un solo convencional, ni siquiera un realista, y algunos allí había, capaz de proclamar la inocencia del regio reo. Todos le consideraron durante la causa como un verdadero culpable; y todos le condenaron, á la hora del fallo, terrible y trágica hora, como un verdadero culpado. No faltaban allí espíritus abiertos al viento de todas las ideas progresivas; caracteres saturados de bondad, corazones generosos y tiernos, prontos á compartir todas las penas humanas; y sin embargo nadie, absolutamente nadie, deslizó una palabra en favor de la inocencia del Rey. Cuando los sentimientos colectivos llegan á extenderse y arraigarse así, alguna razón suficiente hallan, razón de una fuerza y de un imperio incontestables. Pocos hombres, tan humanos, como Carnot. La ternura y la sensibilidad aparecen como dos matices superiores en el éter de su alma. Uno de los númenes, que más le inspiraron en su titánica obra de organizar el ejército republicano, fué aquella piedad por los débiles, por los pobres, por los oprimidos, la cual hace válido su nombre inmortal en la Historia. Y sin embargo Carnot, aquel humano, votó la inhumana sentencia. Lo mismo se debe decir de un hombre como Fonfrede, amado entre montañeses y girondinos, por sus creencias sinceramente progresivas, por su complexión humanitaria, por su carácter caballeresco, por su dulzura y por su amabilidad para todo el mundo; tan grande y heroico de suyo que requería del combate titánico aquel, no tanto los laureles del triunfo, como las palmas

del martirio. Muchos y muchos, entre los mejores, procedieron de igual modo que Carnot y que Fonfrede. Chenier, poeta laureado; Morbeau, sabio químico; Lakanal, naturalista y matemático de primer orden, fundador de la Escuela Normal y del Instituto y del Museo; Cambon, que hizo las grandes revoluciones económicas allí, como aquí Mendizábal; todos estos ilustres pensadores declararon á Luis XVI culpable y resolvieron se le aplicase un justo castigo.

Todos erraron. La Gironda erró al creer posible la extensión del principio de la soberanía nacional hasta el conocido límite, á que ha llegado esta soberanía en diminutos cantones, como los cantones helvecios, y en pueblos, pequeños por su número, aunque muy considerables por su moral, como el pueblo suizo. La causa y sentencia de Luis XVI no podía llevarse al seno de los comicios primarios; ni del sufragio universal hacerse un poder perpétuo é inmanente, sin grave riesgo del régimen parlamentario, único régimen aplicable á los pueblos numerosos y á los Estados grandes. Entonces, como ahora, lo más democrático no era lo más liberal. Ahora quieren los bonapartistas la designación del presidente por el plebiscito, seguros de que la plebe coronará un César y no coronará un estadista. El estado de agitación que tenían los ánimos franceses entonces; el encrespamiento de todas las pasiones; las terribles luchas á diario entre la Monarquía y la República; el plebiscito perpétuo; el sufragio universal en permanencia hubiesen acabado por dar el triunfo á la reacción, matando el parlamento para sustituirlo por el cesarismo. La soberanía nacional, delegada en algunos hombres superiores, hechuras de una selección meditada, después de consciente, presentaba mejor las ideas nuevas y las nuevas instituciones que los sentimientos de la plebe, quien, salida del cautiverio y de la idolatría, no perdiera, ni los hábitos de cautiva, ni las devociones á sus ídolos después del cese de su cautividad y del recibo de las nuevas revelaciones. Parece imposible, pero los más radicales, un Marat, un Robespierre, un Danton, acertaban en aquello mismo, en que los más conservadores marraban; y al retener la soberanía para el Parlamento, huyendo de los comicios y del sufragio univereal permanente, retenían la Francia y la República, estos dos factores de progreso, al borde y boca del abismo. Nuestro gran Michelet observa con justicia cómo la triste apelación de los girondinos al pueblo fué, más que un sistema para establecer el nuevo gobierno democrático un expediente para redimir la vida del Monarca prisionero. Los girondinos fueron siempre más republicanos que los montañeses. Robespierre y Saint-Just sostenían la indiferencia en materia de régimen gubernamental. Uno y otro, durante la gran educación republicana, que iniciaron los girondinos, mostráronse neutrales entre la Monarquía y la República, oponiéndose á la guerra europea, en que los girondinos vieron siempre un verdadero instrumento de apostolado progresivo y un seguro medio de continua eficaz propaganda democrática. Y por más republicanos los girondinos que los montañeses, odiaban más que los montañeses, la Monar-

quía. Y no solamente odiaban la Monarquía, odiaban con mayor encono al Monarca. Los montañeses nada tuvieron que ver con Luis XVI personalmente; apartados de su persona y de su palacio, desconocían el natural maquiavelismo de los Reyes y no daban á estos la mayor importancia, recelosos de los girondinos y no de los realistas. En oposición á ellos la Gironda, como nadie, había experimentado las dobleces maquiavélicas y las traiciones á la Constitución y al Congreso, más ó menos deliberadas y conscientes, de Luis y de su dinastía. Ministros varias veces los corifeos de la Gironda con el Monarca, supieron á sus espensas cuánto el Monarca odiaba la revolución. Durante la época del gobierno girondino, la vida ministerial se redujo á una implacable batalla entre la Monarquía y sus ministros. Cuanto hicieran éstos, y con estos los diputados de la Cámara legislativa, para perseguir ó castigar la emigración, y meter en cintura los clérigos juramentados, otro tanto fué combatido por Luis XVI, quien creía tener su sanción para servir al privilegio y deservir al progreso. Los girondinos, pues, como conocían más á Luis que los montañeses, y lo conocían por experiencia, estimábanlo menos; y en la cuestión de salvarlo, no eran movidos por móviles personales y propios, eran movidos por móviles políticos de una grande universalidad. La ilustre musa de aquella inmortal escuela, madame Roland experimentó siempre una invencible antipatía natural hacia el Rey, antipatía fomentada por los innumerables desengaños que del Rey había sufrido. La fortaleza estaba entre las calidades primeras de madame Roland, y el Rey apareció siempre débil; la franqueza brillaba en todos los sentimientos de la gran pitonisa, mientras la doblez á primera vista se verá en todos los sentimientos del Monarca. Madame Roland era discípula de Plutarco; el Rey era discípulo de Loyola. Y, á pesar de todos estos sentimientos, madame Roland debía vacilar mucho en lo tocante á la muerte y sentencia de Luis XVI, cuando sus amigos se dividieron unos de otros y votaron unos contra otros. Esta división de la Gironda en materia tan grave, paréceme uno de los mayores marcos sufridos por la democracia en tal instante de su vida y uno de los errores más graves que haya registrado en sus anales nunca la Historia.

No hay más que recorrer la votación para notar cómo no existía unidad, ni disciplina, ni método, ni siquiera ideales comunes en la Gironda. El privado por excelencia de Madame Roland; después de haber divertido el pensamiento de la Convención hacia proposiciones, tan contrarias al propósito del proceso, como la proposición expulsando á los Orleanses, é infiriendo pena de muerte á quien soñara con restaurar la Monarquía; votó la muerte, y sugirió así á la posteridad una idea tan discutible, como que Madame Roland no había perdonado, ni siquiera en el Temple, al Rey la ofensa infligida por éste á su marido cuando lo despidió del primer ministerio constitucional y parlamentario. Nunca Barbaroux halló en la mente y en el pecho de Madame Roland el concurso y apoyo que Buzot. Pero siempre fué tal célebre Apolo de Marsella confidente de la musa girondina y su he-

raldo de armas en la distribución de papeles por ella hecha entre sus partidarios y sus amigos. Barbaroux votó, como Buzot, la muerte. Por lo contrario Manthenas votó la muerte, pero con aplazamientos, parecidos en el fondo á un verdadero perdón. Y este Lanthenas no gozaba el ascendiente gozado sobre la familia Roland por Buzot y por Barbaroux; pero pertenecía por completo á la casa, bajo cuyo techo vivía, y á la familia, de cuyo pan se alimentaba. Bancal, otro de los favoritos en el hogar de Roland, votó contra la muerte inmediata y por una mera detención. Louvet, el célebre Louvet, aquel gran acusador de Robespierre, aquel muy locuaz fiscal que á gritos pedía la cabeza de Marat y sus secuaces, aunque republicano, muy republicano, aunque del Rey enemigo, muy enemigo, creyendo no haber encontrado la causa y sentencia del Monarca un verdadero asentimiento abajo, en las muchedumbres, votó por la conservación de aquella regia vida tan amenazada, y por el destierro en reemplazo del cadalso. No puedo comprender, no podrá comprender nunca la Historia cómo en asunto de una transcendencia tan grande al tiempo y al espacio, cual el asunto de la muerte del Monarca, pues cambió el curso de la revolución y trajo consigo aparejadas las mayores catástrofes, no tuviera la Gironda un criterio fijo ni para graduar la culpa, ni para definir la pena y aplicarla. De aquí ha nacido, indudablemente, la nota sacada por Vergniaud en este horrible asunto; nota, cuyos caracteres hemos varias veces mencionado, por hallarse hoy mismo á litigio sujeta, y aparecer causa de discordancia irremisible y eterna entre los más excelsos historiadores de la revolución francesa. Lamartine mismo, ya lo hemos recordado, pinta la postrer palabra dicha por Vergniaud en esta materia como un vómito de cobardía cruel echado por el orador sublime sobre la cara del Monarca francés. Según el historiador-poeta, muy ajeno en la narración de tal hecho á su poesía y á su piedad nativas, el gran Vergniaud prometió á una mujer amada no votar en el siguiente día la muerte del Monarca. Y, por obra y virtud de tal promesa, Vergniaud entró en el terrible recinto con ánimo resuelto á votar la vida de Luis XVI. Pero las injurias devoradas en el plazo entre la promesa y su cumplimiento: los alaridos lanzados desde las tribunas contra todos cuantos votaban la vida del Rey; el miedo á la muerte cambiaron en tales términos la idea de Vergniaud, que mudo, tembloroso; en su andar vacilante y en su mirar vago; sustituido á su pecho de fragua y á su palabra forjada en el fuego de las más etéreas ideas un balbuceo increíble y un asma inverosímil; resollando cual si agonizase, subió lentamente á la tribuna, como si al patíbulo subiera, y votó la muerte, huyendo en seguida de aquel sitio, como si huyese de sí mismo el triste cuitado. Michelet se indigna contra Lamartine al entrar en este punto de la historia, y califica la triste anécdota de grande asquerosidad. Tal cuento, dice con acritud el historiador republicano, fué difundido en un libelo inundo por el convencional Harmand; hombre de tantas vacilaciones, que votó primero con la Montaña contra el expediente de apelar al pueblo; votó luego con la derecha el destierro; y votó de nuevo con la Montaña

negando el aplazamiento; revolucionario; sobreviviendo á la revolución, y llegando hasta prefecto bajo el imperio de Bonaparte. Según Michelet, Vergniaud creía culpable de lesa nación al Rey por haber llamado al extranjero. Y, sin embargo, encontraba en la regia educación y en las tradiciones atávicas del Monarca grandes atenuaciones, que sólo el pueblo podría tomar en cuenta, porque sólo el pueblo podía perdonarlo de veras y con derecho. Verniaud deseó el perdón, y por el perdón votó las apelaciones al comicio primario y al sufragio universal. Mas, no admitido éste, votó la muerte, con arreglo á su conciencia, y sin temor alguno á las intimaciones ajenas; pues, si el gran orador no supo vivir la vida de los héroes nadie negará que supo morir la muerte de los mártires.

La división entre los girondinos dió á la postre resultados fatales para el objeto, que todos los de tal escuela unánimemente se proponían, para la salvación del Rey. Las decisiones del Congreso republicano estaban á merced y arbitrio del centro, llamado Llanura, quien, ajeno á todas las ideas; sin pasiones y sin creencias; tan falto de sacros recuerdos como de vivificadoras esperanzas; uníase, al término de su natural inercia, en cada período, con aquellas fracciones, quienes, mostrando más pujanza, mostraban también más imperio sobre la victoria y sobre la fortuna y se veían más próximas al poder. Danton, recién llegado de Bélgica, donde había ido desempeñando una embajada del Congreso, quiso reunir los dos elementos de la fraccionada escuela girondina, para con esta unión atraer el centro y ganarse un voto favorable á la vida del Rey; mas no pudo conseguirlo; y desde que no pudo conseguirlo, exageró y extremó el voto por la muerte, arrancando contra su propia voluntad á su gran corazón, en el fundadísimo recelo de caer bajo la impopularidad más desastrosa, y cayendo bajo la impopularidad más desastrosa, dejar el planteamiento y dirección de las instituciones republicanas al feroz escolástico en las ideas, al repugnantísimo jesuita en los procedimientos dobles y falaces, al retórico en su palabra disimulada y fría y cruel, al antipático Robespierre. La Montaña, minoría insignificante de suyo por el número, imperaba sobre los demás partidos por la firme y resuelta voluntad; mientras la Gironda, ondulante y dividida, no podía, no, á pesar de sumayor número, atraer á ningún político. Engañáronse por igual, como dice un gran historiador, los dos partidos convencionales en aquella suprema cuestión y en aquel momento supremo. Engañóse la Gironda, y mucho, al proponer las imposibles apelaciones al comicio popular y al sufragio universal, sin atender el estado patente de atraso, en que los pueblos se hallaban; engañóse la Montaña todavía más al creer los Reyes amedrentados y sus maniobras deshechas, sin atender á que los Reyes desamaban la persona de Luis XVI y no hacían gran caso de su trágico proceso y de su próxima terrible muerte. No era, no, Luis XVI el único Rey muerto en las batallas políticas de los mismos tiempos cristianos, en que la religión del principio monárquico se confundía con la religión del principio católico. En pleno siglo décimo-tercio los religiosos angevinos, caballeros de cruz en el pecho y en el escudo, de-